

JOE
HALDEMAN

VIEJO SIGLO

XX

«Uno de los escritores de ciencia ficción más dignos
de crédito, un entretenimiento sólido.»

San Francisco Chronicle



El viejo siglo XX yace en el pasado de la humanidad, pero los casi-inmortales ciudadanos del futuro sienten nostalgia de los viejos tiempos, éstos en los que los cuerpos podían morir por efecto de la enfermedad o la vejez. Ahora sueñan con sumergirse en la realidad virtual que proporcionan las nuevas «máquinas del tiempo» y les permiten explorar, como si estuvieran en el mitificado siglo XX, la vida caduca y perecedera de antaño.

Jacob Brewer es un ingeniero de realidad virtual y supervisa la «máquina del tiempo» que está en operación en la nave estelar *Aspera* en su largo camino de miles de años hasta la nueva colonia a instalar en Beta Hydri.

Pero ocurre algo inesperado, una verdadera sorpresa a los ojos de los casi-inmortales humanos del futuro: algunos de los ochocientos tripulantes mueren.

Y Jacob Brewer acabará debatiendo, incluso con una máquina, la fragilidad intrínseca de eso que llamamos vida...

Para Gay, Rusty y Judith:
viajeros en una furgoneta antigua

Mi mayor agradecimiento para la Eastern Frontier Foundation, por la tranquila y hermosa residencia de Norton Island, donde *Viejo siglo XX* giró su última esquina.

Este libro se inspiró en *The End of the Twentieth Century and the End of the Modern Age* de John Lukacs (Ticknor & Fields, Nueva York, 1993).

Prólogo

1915

El olor de la muerte siempre va contigo, como el de una mancha aceitosa y podrida en el fondo de la boca. El ron no lo lava y los cigarrillos baratos no lo ocultan. Ese olor es un condimento nada apreciado con cada bocado de raciones.

Nunca ha sido peor que hoy. Miles de muertos cociéndose y pudriéndose bajo el sol de Gallípoli, y yo en el destacamento de enterramiento.

Tres días antes, los turcos habían amasado lo que consideraban una fuerza insuperable y nos habían atacado como a las tres de la mañana, en silencio, lo que no dejaba de ser raro; normalmente gritaban Alá esto o Alá aquello, haciendo atronar las cornetas.

Pero estábamos sobre aviso, nos habíamos preparado, y fue como disparar a las palomas. En la mayor parte de la línea Anzac tenían que cubrir cien o doscientos metros entre sus trincheras y las nuestras. Muy pocos de ellos se acercaron lo suficiente como para lanzar una bomba, aunque algunos se acercaron bastante como para comprobar lo que un australiano puede hacer con una bayoneta en la mano y a la espalda sólo un acantilado que cae al mar.

Por tanto la Tierra de Nadie se convirtió en un osario en el que cientos de hombres heridos susurraban, gemían o gritaban pidiendo ayuda, y ésta no llegaba. Ofrecer ayuda sería un suicidio. Los tiradores de ambos lados veían per-

fectamente hasta el último centímetro cuadrado de terreno bombardeado, y los mejores podían acertar a cualquier punto.

Pero los turcos sabían tan bien como nosotros que nos separaba un caldero de pestilencia y de tragedia. Si no quemábamos o enterrábamos pronto esos cadáveres, todos correríamos riesgo de infección. Por tanto, se produjo un ataque provisional de sentido común, como sucede a menudo en cualquier guerra, incluso en ésta tan absurda: sus generales se reunieron con los nuestros bajo una bandera blanca y acordaron una tregua de nueve horas para enterrar a los muertos y recoger a los heridos que hubiesen sobrevivido. Durante toda la noche intercambiamos fuego de rifle y artillería, pero se apagó justo después del amanecer.

A las seis y media, nosotros los escogidos (la mayoría, incluyéndome a mí, elegidos por insubordinación) partimos a ejecutar la horripilante tarea. Hacía frío, y la lluvia caía como una cascada, pero agradecíamos ambas circunstancias, porque mitigaban temporalmente el olor.

Observábamos a nuestros equivalentes del otro barrio, el destacamento de enterramiento de los turcos, al principio con suspicacia pero, con el paso del tiempo, acabábamos viéndonos con algo que se aproximaba a la camaradería, sólo como un grupo de hombres obligados a realizar nueve horas del trabajo pesado más repulsivo y penoso. Empleamos picos para soltar la tierra rocosa y excavar tres largas fosas comunes, una para Anzac, una para los primeros mil cuerpos turcos, y una para el resto de los turcos y el gran número de cuerpos de ambos bandos que no se podían identificar.

A la diez ya había dejado de llover y el sol pegaba con fuerza. Los cuerpos mostraban posturas espantosas, muchos de ellos paralizados en posición de correr, con la bayoneta calada en los fusiles cruzados sobre el pecho o dispuesta para atacar, como si un hechizo mágico los hubiese

congelado al instante. Muchos sufrían ya el rigor mortis, y hacían falta dos o tres personas para arrastrar un cuerpo hasta el borde de una fosa y arrojarlo dentro. Es curioso cómo los muertos son mucho más pesados que los vivos; durante la batalla, cualquiera de nosotros hubiese podido cargar con uno de ellos. Es como si al desaparecer la chispa vital, se llevase con ella una especie de ligereza física, como el gas helio o hidrógeno, que en la vida nos mantiene separados del suelo, de la tierra, hasta que nos toca la hora de unirnos a ella.

Yo trabajaba en la fosa de en medio, que podría considerarse la peor, ya que estaba ocupada en su mayoría por fragmentos imposibles de identificar, y no experimentabas el respiro de llevar armas y discos de identificación hasta los guardias. El otro al otro lado susurró:

—¡Tommy! ¡Tommy! —Casi le dije que yo no era ningún puto británico, pero me quedé hipnotizado al ver que me ofrecía una pinta de whisky.

Señaló el sello intacto e hizo el gesto de fumar.

Sólo me quedaban tres o cuatro pitillos en el paquete, probablemente menos de los que querría. Sin mirarlo, se lo lancé por encima del estrecho valle de la muerte.

Lo agarró con facilidad y miró dentro, frunciendo el ceño, pero luego se encogió de hombros, sonrió y me lanzó la botella.

Rompí el sello y sostuve la botella para brindar para él.

—Por tu mala puntería mañana.

Sonrió y asintió, supongo que sin comprender, y di un sorbo. Con la celeridad de un adicto él encendió uno de los cigarrillos emitiendo una nube de sulfuro. Inhaló con fuerza, y dejó que el humo fluyese seductor por sus fosas nasales, con los ojos cerrados, pensativo. Luego miró a nuestra obra.

—Puto espectáculo de mierda —dijo lentamente, y yo deseé poder decir lo mismo en turco.

Con voz un poco ronca por el whisky, susurré:

—*Selamunalekum* —que me habían dicho que significa «La paz sea contigo» en turco.

Se inclinó un poco, quizá con ironía, juntando las puntas de los dedos, y los dos volvimos al trabajo.

Si tienes que pelearte contra alguien, los turcos no están mal. Eran feroces sin ser crueles, al contrario de los alemanes a cuyo servicio ofrecían sus vidas. De no haber sido por los malditos teutones, podríamos haber tirado las armas y habernos ido a casa.

A las tres y media ya teníamos todos los cadáveres y trozos de cadáveres en el suelo, cubiertos de tierra y rocas. Supuestamente ya estaban en paz. Nunca he acabado de tener claro ese punto. Nos quedamos de pie fumando y yo compartí el resto de la botella con tres de mis compañeros.

Se produjo un error que afortunadamente no resultó fatal. Los relojes de los turcos iban ocho minutos más rápidos que los nuestros. Alguien que hablaba turco les vio alinearse para irse y lo rectificó.

Unos minutos antes de las cuatro atronó un único disparo. Todos nos quedamos en silencio mientras oíamos su eco. Nosotros miramos a los turcos, y ellos a nosotros, sufriendo un momento de terror compartido: decenas de miles de rifles, cargados y amartillados, mirándonos desde ambos lados. Podría haberse producido un minuto de fuego cruzado que hubiese añadido varios cientos de cadáveres a los ya enterrados. Pero el silencio se alargó y volvimos a las tareas de recoger e irnos.

Yo subí como pude la pendiente con un montón de Enfields atados con tres cinturones ensangrentados, y cuando se reinició el fuego ya estaba protegido en una trinchera profunda. Me puse a caminar hacia mi puesto, pero me di cuenta que la armería estaba a menos de cien metros trinchera abajo, así que me volví y corrí en esa dirección, para dejar los rifles y regresar.

Es cierto que no oyes el proyectil que te acierta. La batería de artillería turca más cercana disparaba a menudo en

un ángulo muy alto, con doble o triple carga de pólvora, con la esperanza de dejar caer un proyectil en la trinchera. Evidentemente, eso es lo que me pasó.

De pronto me encuentro en el aire, flotando más que volando, a través de una súbita tranquilidad acompañada de un repique. Antes de golpear el suelo comprendo lo malherido que me encuentro.

Golpeo un parapeto y me deslizo al fondo de la trinchera. El dolor es tan intenso que casi me insensibiliza, como el hielo. Me giro para mirar trinchera abajo y veo allí mi pierna, convertida en jirones, junto al paquete todavía intacto de rifles. La otra pierna sólo me cuelga por un jirón de carne, con el hueso roto sobresaliendo de entre los músculos. En medio, sólo sangre. Mi hombría ha desaparecido en el impacto.

Siento la cara como si alguien la hubiese golpeado con una pala. Alzo la mano derecha, a la que le faltan dos dedos y el pulgar, y tocó una masa sanguinolenta y blanda donde antes tenía la nariz. Mis dientes delanteros y la parte superior de la mandíbula han desaparecido. Mi mandíbula inferior emite un chirrido cuando la muevo.

En lo peor del dolor, un estruendo silencioso que te recorre de pies a cabeza, se encuentra algo similar a la paz. Esa sensación no durará mucho. Todo ha acabado para mí. Pronto conoceré todas las respuestas.

De la nada ha aparecido Bruce. Debía encontrarse cerca; el proyectil cayó a pocos metros de nuestro puesto. Pero no hay ninguna marca en su cuerpo. Ha cogido su cinturón y el mío y está formando dos torniquetes.

Intento decirle que no, que es una pérdida del puto tiempo, que me deje. Pero no puedo formar palabras, sólo vocales guturales y chirridos.

—Todo saldrá bien, Jake —dice—. No puedes morir aquí.

Está demostrado que voy a morir aquí, intento decirle.

Varias personas se han reunido a mi alrededor. Apenas oigo el estruendo del fuego intenso de rifles. Otro proyectil gime y cae no muy lejos. Un subfusil Sten habla brevemente.

Bruce extiende las manos y alguien le vierte un poco de agua, lavando mi sangre.

—Tengo algo para mostrarte.

Se seca las manos en la camisa y saca un paquetito envuelto en papel marrón. Retira el cordel y veo que es un montón de postales coloreadas.

¿Qué demonios, Bruce? Diría si pudiese.

—Ahora presta atención —dice, y me las muestra una tras otra.

La Torre Eiffel. El Taj Mahal. El Monumento de Washington. Times Square. Empiezan a desvanecerse y yo giro la cabeza de lado para no vomitar sangre sobre las fotografías.

Bruce se mueve sobre la tierra y sostiene mi cabeza para que pueda mirar las imágenes. Ahora están borrosas, pero... de entre ellas surge un rostro de mujer.

¿Diane? ¿Por qué iba a pensar en Diane?

—Mira, Jacob —me dice su rostro—. Tienes que aguantar. Simplemente mira las putas fotografías.

Exploro con la lengua los rebordes de hueso partido donde antes tenía los dientes. Me gustaría poder decirle que se vaya.

—No puedes morir aquí —repite Bruce. Sostiene las imágenes como si formasen una mano de póquer—. ¿Adónde te gustaría ir?

Big Ben. En Londres debe hacer frío en esta época del año.

Uno

Vino y tiempo

Mi familia tiene la tradición, que se remonta al siglo XIX, de que cuando nace un niño (originalmente sólo en el caso de los varones), el padre compra una caja de un vino prometedor de la añada de ese año. La primera botella se abrirá en el cumpleaños del hijo, dieciocho años después. El hijo abrirá las otras once botellas para conmemorar alguna ocasión importante, y si a su muerte quedaba alguna botella, el resto pasará a la siguiente generación.

El abuelo de mi padre fue el más afortunado de nuestra línea, nacido en 1945. Su padre tuvo la presciencia suficiente para comprar una caja de Château Mouton-Rothschild, la «Añada de la Victoria» que celebraba el final de la Segunda Guerra Mundial. Costó dos dólares la botella y se convirtió en el vino del siglo.

Pero esa suerte no iba a durar. Él mismo partió a la guerra, un soldado profesional en un conflicto muy poco profesional, y no vivió para ver a su propio hijo, mi abuelo.

De las diez preciosas botellas heredadas por mi abuelo, junto con una caja de alguna añada olvidada de 1973, cuatro llegaron a mi padre. Él me dejó una.

Yo la llevaría a las estrellas.

Mi padre murió en lo que ahora llamamos la Guerra de la Inmortalidad, o simplemente la Guerra; una lucha de clases global precipitada por el Proceso Becker-Cendrek, que en su momento dio la impresión de convertir en obsoleta la

idea de la muerte por causas naturales. Unos meses después de tomar la pastilla PBC, tu cuerpo se convierte en una máquina autorreparadora.

Claro está, esa capacidad de reparación tiene sus límites. Después de que los fundamentalistas enemigos capturasen a mi padre, lo ataron a un poste, lo cubrieron de gasolina y le prendieron fuego, y por tal proceso dejó de ser inmortal pocos años después de haber empezado a serlo. La mayoría de los nuestros sufrieron un destino similar tras ser capturados, y la Guerra fue convirtiéndose por ambos bandos en un conflicto cada vez más violento.

Todo terminó fácilmente con Lote 92, un agente biológico que jamás recibió, ni nunca necesitó, un nombre dramático. En un mes mató a siete mil millones de personas, dejando un mundo seguro para 200 millones de inmortales.

La mayor parte de los enemigos murieron mientras dormían. En esa época, me parecía un destino demasiado bueno para esa gente. Odiaba el trabajo agotador y repugnante de encontrar los cuerpos y llevarlos para su eliminación, al principio enterrándolos, luego simplemente lanzándolos a enormes piras.

La gente que había matado a mi padre nos había enviado, a mi madre y a mí, un cubo con su muerte. Así que no me molestaba demasiado, a los dieciséis años, calentar mis manos al calor de sus llamas.

Eso sucedió hace más de doscientos años, y ahora siento más tristeza que furia. Las primeras pastillas PBC eran extremadamente caras; mi padre había vendido dos de las botellas Mouton-Rothschild de 1945, cada una por un precio superior a la mansión de un millonario, para ofrecernos a los tres el regalo ambiguo de la vida eterna provisional. En esa época, ni una persona entre mil podía permitirse el tratamiento. La guerra era inevitable, y también su atrocidad, y también, creo, su resultado final.

Ha habido incontables escenarios que detallan cómo se podría haber evitado la Guerra, la mayoría de los cuales

exigen el secreto. Tras un año y medio el coste del PBC se redujo en un factor de diez; cuando la Guerra estaba definitivamente en marcha, el PBC costaba una centésima parte del precio original. Seguía estando fuera del alcance de cualquiera que no fuese rico, pero la tendencia era evidente, y si el mundo fuese un lugar racional, la gente habría aguardado pacientemente a que el precio se redujese en otro factor de diez o cien.

Pero entonces el mundo era todavía menos racional que ahora, y era de dominio público, entre los ignorantes, que fabricar la pastilla sólo costaba unos peniques... por tanto, los obscenamente ricos se enriquecían aún más negando la vida a la gente normal. Los políticos populistas y los líderes religiosos fundamentalistas la convirtieron en *cause célèbre*, y ellos disponían de todas las herramientas de esa ciencia que no se llamaba «control mental» simplemente porque, en forma de publicidad, vendía productos en nombre de la industria y políticas en nombre del gobierno.

La paradoja es que si se hubiese dado una conspiración entre los ricos, y hubiesen acordado mantener en secreto el PBC, es posible que se hubiese evitado la guerra. Mantenerlo oculto hasta que el coste por unidad se redujese hasta el punto de que la mayoría de la gente se lo hubiese podido permitir. Pero el precio no podía reducirse hasta que mucha gente no lo comprase a precios obscenamente altos, financiando la investigación y desarrollo de la compañía y las plantas de producción. Así que la publicidad fue inmensa, hasta el punto que no quedó nadie sobre el planeta que no supiese que los millonarios, las estrellas de cine y los políticos corruptos podían comprarse una pastilla que les daba la vida eterna.

De ahí sólo mediaba un pequeño paso a «nos la están negando», y un pequeño paso más hasta «vamos a buscarla». A pesar de que cuando estalló la guerra no había suficiente para tratar ni a una persona entre mil.

Acabó con Lote 92, que buscaba a todo el que no fuese inmortal y a los pocos minutos paraba su corazón.

El mundo de 2047, cuando estalló la Guerra, ahora nos parece lejano y pasado de moda, pero en realidad era un conjunto desconcertantemente complejo de sistemas interconectados, y tras la Guerra, el 97 por ciento de la gente que lo mantenía en funcionamiento había desaparecido. El 3 por ciento restante estaba formado por la mayoría de los líderes mundiales, ciertamente sus líderes financieros, pero iba corto de las bases que se encargaban de la administración y mantenimientos diarios, y no quedaba con vida nadie que supiese reparar un motor pequeño, cuidar del césped o servir en un restaurante. Ellos eran el lubricante más o menos invisible que había mantenido el fluir sin problemas de la vida diaria. Sin ellos, el mundo se paró en seco.

Al principio, la pura magnitud ocultó lo extremo de nuestra situación: la producción y el suministro estaban muy automatizados y el sistema estaba montado para servir a treinta veces el número de personas con vida. Había comida y bebida en abundancia y, por supuesto, el alojamiento no era ningún problema, ya que el planeta era en gran parte un pueblo fantasma.

No había productos frescos, al no tener camioneros y más bien pocos granjeros, pero había toda una cornucopia de comida congelada y deshidratada. Luego desapareció la corriente eléctrica, aquí y allí y en casi todas partes, y la comida congelada se estropeó. Personas que jamás se definirían como saqueadoras asaltaron tiendas e instituciones buscando comida que les permitiese superar el invierno.

Había poca violencia, la mayoría estaba harta de ella por la Guerra, y se compartía prácticamente todo, una vez que quedó claro que había comida suficiente para vivir varios años si se distribuía racionalmente. En la mayoría de las regiones se formaron cooperativas para centralizar los suministros de comida, y fueron el núcleo de gobiernos locales.